

Temas incompletos para formular una teoría aproximada acerca del "Riosuceñismo"*

OTTO MORALES BENITEZ**

La luz de la infancia

Tengo la convicción de que, esta tarde, no voy a expresar adecuadamente mis agradecimientos a los "Riosuceños en Santafé de Bogotá", quienes me rinden este homenaje. Han tomado como pretexto, el hecho de que se me haya recibido en la Academia Colombiana de la Lengua como Miembro de Número. Pero, en la realidad, lo que han deseado es desbordar su generosa amistad. Buscar un sitio donde podamos sentir el estímulo recíproco de nuestras vidas. Golpear con palabras la ternura del recuerdo de la comarca. Detenernos, identificados, en perseguir la luz de la infancia para que nos siga iluminando. Aglutinarnos, para evocar el universo local que nos formó y nos dió un carácter y una conducta.

A mí se me ocurre, aupado por lo que me entregan en solidaridad y estímulo, que debo detenerme a rememorar episodios del pueblo entrañable, que nos dan identidades y convicciones. Dos calidades

* Lectura en la Biblioteca Nacional de Colombia

** Abogado, exministro del Trabajo y Seguridad Social, exsenador de la República, candidato en varias ocasiones a la Presidencia de la República, historiador, escritor, profesor universitario, presidente del Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Central.

que, por cierto, pocas gentes logran en sus vidas. Nosotros, los hijos del Ingrumá, las sentimos como parte normal de nuestras existencias. Nos distinguen, nos apasionan, nos cohesionan y nos proyectan. Por favor, les solicito que me acompañen en este peregrinar del afecto, en los límites de la evocación creadora.

Resabios de la historia

El alemán Ranke fue quien con más denuedo propuso que el historiador, para adelantar sus trabajos, necesitaba ceñirse a la severidad de los documentos. Que éstos son su fuente primordial. Se propagó la convicción de que si no se entregaban al lector papeles inéditos —que además comprobaran lo afirmado—, no se estaba adelantando labor que mereciera atención crítica. Y así se logró detener el análisis de la vida de los pueblos. Porque venía, de atrás, la convicción de que sólo aquello que se refería a los héroes y a la política, merecía la consagración en palabras que se prolongaran en la devoción de los hombres. Era imponer linderos muy severos al examen de la vida de los pueblos.

Por fortuna, los científicos no se dejaron encasillar en tales normas. Se fue librando un combate intelectual muy singular. Para éste, se tomaron muchas armas en las ciencias humanas y sociales. Llegó un momento en el cual Jacques Le Goff y Pierre Nora, declararon, con trompetas de guerra mental, que se estaba ante tres procesos diferentes: nuevos problemas, nuevos enfoques, nuevos temas. A la vez, se recordaba que lo que denunció Henri Moniot —“Erase Europa y así se acababa toda la historia” — conducía a una torcida pretensión. El mundo era más extenso y vario. El dominio histórico no tiene límites y los medios para llegar a él, son amplios y muy ricos en el manejo de diferentes técnicas. Además, a través de éstas, nos podemos aproximar a las materias en el examen de la vida colectiva.

Se acentuó la indicación, por historiadores y científicos, que examinar fenómenos tan complejos, demandaba que se abriera el universo de las preocupaciones. Se comenzó a denunciar que la antropología, la sociología, el marxismo y su interpretación económica de la historia, el examen de los detalles de la vida cotidiana, y mil aspectos más, aportaban tanto o más que los infolios descoloridos por el tiempo. Fue la gran revolución. Se denunció que existía, también, una historia social. Durante mucho tiempo, a ésta se le

excluyó de la historia general. El argumento era que se refería a asociaciones de hombres que no son de naturaleza política: la familia, los estamentos, las clases. El rechazo fue más acentuado, pues aquella se concibió bajo el amparo de la historia de la cultura, a lo cual, igualmente, no se le consideraba como materia representativa. Se le mantenía al margen. Algún científico dijo que no se le daba alcance porque se detenía en el desarrollo de las herramientas, en el consumo del tabaco y las bebidas, en el examen de las clases sociales, en mencionar las costumbres diarias. Que sin examinar fuentes, escribían, insólitamente, en forma narrativa.

Pues bien: al fin llegó el momento en que se entendió que la historia social complementaba la de la política y la de los próceres. Uno de sus expositores dijo lo que ella comprendía:

La variedad de temas e intereses en el ámbito de la historia social apenas es enumerable y es difícil de ordenar: juventud y vejez, enfermedad y muerte, hábitos alimenticios y el cuerpo humano en general, analfabetismo y hábitos de lectura, criminalidad, conducta en el tiempo libre y deporte, hábitos de comida y maneras en la mesa, asociaciones de protección de animales y la relación del hombre con el animal, mentalidades y arte populares, costumbres y religiones populares y, junto a ello, además, temas “tradicionales” tales como grupos sociales singulares, conflictos de grupos, problemas de distribución, relaciones de trabajo y su transformación. Muchos de estos temas pueden ser tratados sólo en la historia local y regional.

Lo importante es aprender a conocernos

Estos estudios, así organizados, nos van llevando a un conocimiento detallado de la patria. Puede que algunos sean incompletos. Lo lógico es irlos atando uno con otro, hasta llegar a conseguir una visión totalizadora. Es cuando la identidad —que depende de la historia cultural de que hemos hablado— se va dibujando nítidamente en las inteligencias. Hay que vigilar cada materia, porque se cometen errores: unos involuntarios por confusión; otros, porque los juicios los sacrifican a desvíos ideológicos. Lo fundamental es que nos preocupemos de los rasgos comunes y, también, de lo que nos depara y enfrenta. Como auxilio, aparece la historia de las ideas. Así nos vamos confundiendo en la integración que alimenta la

identidad. Es un aliento recíproco. Sin conciencia histórica, no puede alcanzarse. Si nos empeñamos en conocer algo, en investigarlo, y, después, en escribirlo, es para consignar cuál es nuestra identidad, o la de mi país, la de mi comarca o la de mi pueblo.

Dentro de ese propósito, hay urgencia de aprender a conocernos. Manejar, con meticuloso registro, lo que nos une y respetar lo que nos diferencia. Pero lo básico, es que el pueblo sepa cuáles son sus atributos y dónde están sus limitaciones. Pero lo más vital: enorgullecernos de lo que somos. Los indoamericanos —sin exclusiones—, sufrimos de una herencia desolada que nos dejaron la Conquista y la Colonia españolas: el desdén de lo que representamos como raza mestiza; la desconfianza de lo que podemos intentar en la creación del arte y la filosofía; la importancia para imponer nuestra concepción del mundo, al negar que teníamos alma. Ello sigue pesando como mandato. Después la tendencia de líderes, gobernantes, intelectuales y directores espirituales —en escuelas, colegios y universidades— nos indicaron que, como herencia legítima del hispanismo, nos deberíamos someter al “eurocentrismo”. Y así nos fueron cortando el ímpetu para la creación y la revolución. Una síntesis de ese fenómeno, la podemos localizar en una referencia del polaco Witad Gombrowicz, quien llegó al país del sur y ancló. El cuenta en su *Diario Argentino* una escena que vivió con los integrantes de un sector intelectual excepcional, el cual tuvo gran influencia. No sólo allí sino en el continente y daba respuestas nuestras, válidas ante Europa. En su breve descripción, queda la síntesis de cómo hemos reaccionado: “Lo que de la Argentina me fascinaba era. . . la vitalidad, la luz de un mundo nuevo. Y estaba deslumbrado por la noche del (barrio) Retiro; ellos, en cambio, por París”.

Esta observación, coincide con la de Rabindranath Tagore formulada al escritor francés Romain Rolland. Ella refleja el estado de subyugación en la cual se ha movido la cultura en Indoamérica y, además, las perspectivas negativas hacia el futuro:

Mi ojeada a América del Sur no es reconfortante. La gente se ha hecho allí de repente enormemente rica (se refiere a los que trató en la capital argentina) y no ha tenido tiempo de descubrir su alma. Es lastimoso ver su absoluta dependencia de Europa para sus pensamientos. No les avergüenza enorgullecerse de cualquier moda que copian, de la cultura que compran en este continente. Llegará un día en que agoten sus

fuentes de riqueza, y entonces su esterilidad de espíritu se desplegará ante los ojos de su pobreza absoluta, privada de todo ornamento prestado.

La cultura popular

Esta manera de estudiar la historia, como es apreciable, se relaciona, directamente, con el alcance y significado que se le otorga a la cultura popular. Siguiendo la tesis de Peter Burke, en su clásico libro *La cultura popular en la Europa moderna*, nos damos cuenta de varias noticias trascendentales: la primera, que el auge de estos estudios, alcanza su mayor primacía desde hace quince años para acá; segunda, en la actualidad, ella tiene audiencia en las investigaciones, con marcada prioridad; tercera, la tendencia contemporánea, es escribir la historia de los pueblos, antes que la de los gobiernos; cuarta, que el uso de cultura popular, se ha extendido y alcanzado extraordinaria popularidad entre las gentes de estudio, a pesar de que algunos escritores, de máxima respetabilidad, dicen que se debería hablar mejor de “la cultura de las clases populares” y, otros, como Roger Chartier han propuesto que se diga que la preocupación recae sobre los “usos de la cultura popular”.

Lo primordial, es que ella se concentra en las regiones y sus expresiones. El desdén que primó, durante muchos años, contra éstas, ha desaparecido. La diferencia entre culturas de élite o populares; o entre las que llaman las de lo educado y las primitivas, ya no conservan validez. Por una razón muy simple, como es la de que cada cultura tiene bien imprecisas sus líneas de diferenciación. Burke reafirma:

Hoy, sin embargo, siguiendo el ejemplo de los antropólogos, los historiadores y otros investigadores, se utiliza el término “cultura” para muchos más aspectos, es decir, para todo aquello que pueda ser aprehendido de una determinada sociedad, como comer, beber, andar, hablar, callar, etc.

Es muy simple: contar cómo es un modo de vida.

El proceso comenzó cuando los viajeros buscaron las antiguas ruinas e indagaron por las costumbres. Entonces, los hombres de ciencia se percataron que lo básico era conocer cómo se había desenvuelto la vida en cada sitio. No sólo qué héroes se habían consagra-

do o qué gobernantes. La esencia estaba en la propia vida. De esa manera, se podría conocer cuál era el verdadero espíritu de una nación. Fue cuando se produjo el hecho singularísimo y de tanta importancia para la evolución de las futuras investigaciones: “lo antiguo, lo distante y lo popular, acabaron por identificarse”. Se aceptó además: “El pueblo crea”.

Estos criterios, me permiten adelantar en las propuestas que aquí voy a formular. Ellas van enderezadas a que ordenemos aquello en lo que ha confiado la gente con la cual nacimos, nos formamos y, aún hoy, nos identificamos. Que rescatemos los valores claves. Que no dejemos en la sombra lo que le ha dado valor a la existencia de ellos y de nosotros. Que la penumbra no cubra lo que esencialmente nos ha iluminado por mucho tiempo. Es una obligación poner en orden lo que ha creado nuestro pueblo y en lo que ha creído. No queremos que nadie nos despoje de lo que revela nuestra identidad. Lo del creer y lo del crear, son dos conceptos diferentes. Pero en nuestro caso, se armonizan.

La cercanía a lo contemporáneo

También nos han gritado, hasta adormecer nuestra capacidad de reacción, que la historia sólo se debe escribir cuando han desaparecido los protagonistas. Que la inmediatez perjudica la equidad del juicio. Que nos atormentan las pasiones que circularon en el momento de realizarse el episodio que debe persistir, por su importancia, en la memoria de los hombres. Por lo tanto, que un frío recorra las palabras; que se entumezca el juicio popular; que no circule por la vena de los acontecimientos ningún aroma humano.

Nunca he aceptado esa posición. Creo, en cambio, que hay que tomar el dato cuando éste se ve sacudido por ráfagas de odio y de amor. Cuando la colectividad se estremece con lo sucedido. Esos testimonios son prioritarios para que, en el futuro, se pueda señalar, con exactitud, el alcance de lo que aconteció o se frustró, fuera de que los héroes de la historia, puedan dar su propia versión; rectificar, complementar y entregar documentos, señalar las pautas para futuras exploraciones. Porque tienen efectos disímiles lo que afirma el actor; lo que aporte el analista y lo que cuentan sus usufructuarios o sus víctimas. Creo fundamental recoger lo contemporáneo. No dejarlo diluir en el tiempo. Confío y me gusta la historia viva. Donde cada hombre tiene afán por su “destino”. De esa ma-

nera, también, circulan las versiones que no se ajustan a la decisión "oficial". La preocupación de tipo historiográfico, va a encontrar allí —en esos papeles que brincan entre adhesiones y rabias; entre pasiones de amor y otras de desvío en la ternura; entre adjetivos alelados de admiración y otros de desprecio— el hilo más exacto para llegar a un juicio. No me consuelan esas formas estereotipadas para que la historia no se comprometa en la contienda cotidiana.

Entonces, surge el antagonista para advertirnos que es que así la investigación no está terminada. Que por el mismo arrebato de los personajes en escena, hay materias dudosas. Me pregunto: ¿eso qué; no sucede cuando al penetrar en los hechos —pasados años o siglos— nos hallamos frente a un papel inerte, que sólo refleja una parte del relato interesado; del decreto yerto; del oficio parcial en discutir lo sucedido? Declaro que creo en lo de ahora. Que gozarán de nuevas técnicas para penetrar en aquéllo que miramos con miopía, con recelo o demasiado afecto. No me convence esa visión estática del quehacer histórico. Pasado, presente, futuro, son etapas de un proceso. Para mí, dinámicamente combativo. Por que se, acepto y confío en que cualquier cultura nacional, es un devenir inquieto, abierto a las interpretaciones, que, invariablemente, está en constante evolución. De lo histórico se deriva aquélla. Por eso creo que se deben mostrar sus rasgos actuales; sus matices positivos y sus caídas en la perversión intelectual. Lo contemporáneo nos debe perseguir, acompañar y orientar. No es posible confundir el pasado con la rigidez crítica. Hay que estar alertas, sumergidos en el torrente de la vida.

La fundación de Riosucio

Estas afirmaciones, van orientadas a despertar interés por muchos de los diferentes aspectos que determinan la vida de Riosucio y de sus hijos. Creo que el momento es propicio. Deseo que se produzca una sacudida en quienes tienen capacidades para dar respuestas a los temas que nos deben inquietar y comprometer. Mi propuesta de esta tarde es otro avance parecido al que formulé en mi lectura en el *Segundo Encuentro de la Palabra*, en 1984 y que titulé "Los valores populares: la historia y la cultura regionales".

Con mis palabras, ambiciono hacer una convocatoria para que nos propongamos rescatar lo que es la historia, el caminar por entre canciones y palabras, curanderismo, milagros, espantos y leyendas.

Es decir, lo que le da fisonomía peculiar a nuestro pueblo. Esta, es una enumeración muy incompleta. Cada cual la va ampliando con su sabiduría y su penetración en las calidades de nuestra vida.

A mi me perturban algunas inquietudes. De la Fundación de Riosucio, todos sabemos el relato simple y escueto. Pero no conocemos cómo fue su conformación social inicial. Nos contentamos con repetir que, en un lado, estaban los indígenas y que, en el otro aparecían los mineros. Tampoco hemos profundizado en las razones que justificaban su integración que, por cierto, preocupaba a levitas y gobernantes. Hay documentos oficiales que así lo revelan. ¿Quiénes saben como fue Quiebralomo y la Montaña antes de la fundación? Dentro de ese esquema, tenemos conciencia de que nuestro origen es indígena. Conocemos, aproximadamente, ¿cómo se conservó esa proporción? ¿Además, de qué manera fuimos evolucionando hasta desembocar en el mestizaje que somos en la actualidad? ¿Cuándo llegaron los negros masivamente a Marmato y cómo subieron hasta nuestras tierras de origen? ¿Cuáles otros grupos humanos allí se afincaron y elaboraron su proceso de integración: los caucanos —que son parte primaria de nuestra idiosincracia maternal—; los antioqueños y de qué pueblos arribaron los tolimenses y santandereanos— de los cuales hay noticias incompletas de que vivieron en Quiebralomo; de los extranjeros clasificados por países de origen. Son temas que en un estudio sistemático, nos llevará a muchas sorpresas acerca del origen de los apellidos; de la evolución de las familias; de sus características e idoneidades que cada uno de nosotros les conocemos y destacamos y que le han dado su aporte, en modalidades colectivas, a nuestra comarca. Son apreciaciones y juicios que definen parte inseparable de nuestra psicología, y del temperamento, en lo positivo y en lo negativo.

La biografía del Padre José Bonifacio Bonafont es una aproximación a su vida para casi todos. Hay noticias del sabio Boussingault en sus *Memorias* y, otras, en el erudito capítulo del gran trabajador de la inteligencia Horacio Rodríguez Plata en su volumen *Temas históricos*. Pero, realmente, de su vida y acción en Riosucio, ¿qué más nos asiste como conocimiento? Porque del Padre José Ramón Bueno no he escuchado ni leído ninguna información ni siquiera de quienes, presuntamente, son sus parientes. Estamos en el orto del conocimiento de lo que nos inicia como vida civil y de quienes allí nos llevarán a la grandeza.

La vida de Bonafont tiene tales características-ribetes de picardía humana, sentido de la independencia, capacidad vital de irradiar simpatías, iniciativas personales y en servicio de la comunidad— que el Maestro Germán Arciniegas ha propuesto que se aproveche su densidad humana para escribir una gran y sugerente novela:

Habiendo escritores tan estupendos en Caldas y en Risaralda, no se cómo a la fecha no se ha sacado de la historia al Padre José Bonifacio para darle vida popular en la novela. Un cura de ojos tan azules y de tanto vigor en una edad que entonces era la de los viejos, parece de maravilla para una novela con el cuento del burro garañón que servía para alimentar el tesoro de la iglesia, y los hábitos de jugador del dueño, en que el dinero no contaba, pues para su uso personal era un juego y para su misión parroquial fuente destinada a ayudar a los demás.

Creo que de las cosas que más debieron entusiasmar a Boussingault y a Roulin, fue la presencia de José Bonifacio al frente de la parroquia. Los dos franceses eran mundanos y aventureros y al encontrar en Riosucio una cura tan distinto de todos los demás tuvieron que sentir el encanto de la independencia colombiana. Entre las mil cosas que me entusiasman del General Santander está esa adivinación que tuvo mandando a los franceses y a cierto inglés para que reconocieran las minas de Supía y Marmato cuando en realidad el oro lo iban a descubrir en la persona del Padre José Bonifacio. Entre las mayores suertes que encuentro en la historia de José Bonifacio está la de Boussingault sacristán, haciendo de campanero para celebrar la venida al mercado de los indios y los zambos que llegaban de las tierras vecinas con gallinas, huevos y yucas. Resulta que el francés tocaba las campanas para anunciar una misa en que José Bonifacio haría un sermón contra Voltaire y Rousseau. Por algo tenía que empezarse en un pueblo fundado por un párroco tan republicano y tan católico. Pero lo que las campanas estaban anunciando era esa república por venir a donde algún día iba a llegar don Jorge Isaacs, en su condición de superintendente de instrucción pública, para inaugurar la primera escuela oficial del municipio.

En algunas crónicas se menciona el respeto y la cordialidad con las cuales se acogieron a los negros. Ellos son parte de nuestra mezcla

racial. Y, además, son elementos sobresalientes —por su número y por sus hazañas— en la región. Es un tema, entonces, totalizador. El maestro cubano Fernando Ortiz y el especialista brasileño Nivia Rodríguez, iniciaron en Indoamérica los estudios sobre las comunidades negras. Cuando aparecieron, traían su propia cultura: éstas en contacto con otras, “mezclan y funden sus elementos”. Sin olvidar que Ortiz nos recordaba que en el continente “el estudio del negro era tarea harto trabajosa, propicia a las burlas y no daba dinero” Vuelve a asomar el resabio y la herencia española: el desdén por aquello que no fuera su mundo exclusivo, a pesar de que ellos venían de otro mestizaje igualmente dinámico. A estos dos investigadores los acuciaba la “pasión totalizadora de lo social”. Es la tesis del primero que se denomina “multisincetismo”, y, en otros aspectos, “transculturización”. ¿Si la técnica y los derroteros están descubiertos, cuándo los vamos a emplear en el estudio de nuestra hirviente realidad?

Y hay que declararlo con énfasis: Las investigaciones que se acometan, no pueden detenerse en las fronteras de Riosucio. Ellas son amplias y se confunden con las de la comarca. De esa manera cumplimos con el destino guiador que nos ha correspondido desde pocos años después de la fundación.

Carácter del riosuceño

Otros estudiosos, podrían detenerse en la tradición local, para decir, con erudita precisión, cómo es el carácter del riosuceño. Siempre me ha producido desvelo, el ver que pasan los años sin que se haya recogido el sentido y la gracia —sonreída y burletera— para la crítica que nos distingue. Agresiva, a veces, en su crueldad, al descubrir lo falso que trata de comprometer a la colectividad. O tolerante y laxa en sus juicios morales cuando es una paganía o una inclinación al goce de los sentidos. Solidaria en la tragedia y en los afanes comunitarios. Apasionada cuando se trata de algo que determina parte del destino social. Complaciente si es una equivocación menor —que no roce con el sentido ético del deber público— de un funcionario torpe, equivocado e ignorante. Empecinada cuando es una causa común. Y vigorosa si se trata de reclamar un derecho. Dejativa, si es algo que no se juzga esencial en la vida comunitaria. Porque una fuerza escéptica que a casi la totalidad de los habitantes nos asiste, nos conduce a un desdén manifiesto. No es sino que juzguemos con un poco de rigor crítico lo que es el

carnaval. Las estrofas de nuestras cuadrillas tienen varios tiempos en su creación: elogio para comenzar; crítica que, a veces, despierta en angustia o asoma la esperanza. Es un poco como repetir lo que nos entrega el oro en confianza; la cosecha en consuelo; o los otros desnudos del hijo de Riosucio en seguridad colectiva.

En Riosucio hemos tenido grandes y sustanciales personalidades. Algunas en agraz, pero bien definidas. Otras, sin condiciones para expresarse cultamente, pero que, por sus actos o por sus sentencias, son densas en su mensaje y en la conducta que transmitieron. La tradición local ha conservado parte lúcida de sus razonamientos o de sus hechos.

Hay un matiz que es necesario relieves: a veces somos bruscos; las reacciones son primitivas en su dureza; elementales las expresiones para el elogio o la censura. Pero nunca se desciende a la chabacanería. Ni el mal gusto le da soporte a lo que se desea expresar, para lo cual siempre hay un vocabulario que tiene dones de la estirpe lingüística. No se comete una torpeza deliberadamente. Ni se le da acento procaz a lo que puede ser un reclamo beligerante. Las gentes tienen un acento de dignidad del cual no se dejan despojar.

Esto se prolonga en la conducta que asumen frente a cualquier episodio de la vida diaria. Para ofrecer un presente; para consagrar la admiración a una persona; para entregarle un aviso de comprensión; para darle publicidad a un acto. Un hábito de distinción —si ustedes lo quieren dentro de restricciones o pobrezas— pero que no comprometa el sello de orgullo personal de las gentes.

Un riosuceño agasajando, o recibiendo al visitante, o indicando lo que nos distingue, nos permite asistir a una largueza de actitudes; que no se rompen en brusquedades. Y así se comportan el más humilde y el que reclama consideraciones personales de reconocimiento.

Creo que cada uno de los que allí nacimos, recordamos que en ciertas fiestas —celebraciones cívicas, visitas de personajes— la elegancia se ejerce como don normal de la existencia. Si se demandan ciertos trajes por la ocasión, se apela a las más calificadas habilidades sartoriales para cumplir con esa exigencia social. Y despliegan su señorío natural como actitud normal de la vida permanente. Nada desconcierta al riosuceño ni nada lo mengua. Su visión del mundo es integral. De ello tenemos que enorgullecernos.

Pero el hecho que he querido destacar es algo que no distingue a un grupo social solamente. Su examen será revelador de muchas y diferentes fuerzas integradoras de nuestra psicología y sociología afectivas. Esos estudios, nos indicarán la riqueza, variedad y firmeza de lo que nos integró espiritualmente.

Así se ha formado la calidad humana de nuestros coterráneos. Ello viene desde el comienzo de la fundación. Boussingault recuerda que le dieron la bienvenida en "una gran comida que se sirvió en Quiebralomo, no en una casa cubierta de teja, relativamente un palacio", que —por cierto— se sirvió en "vasos de porcelana de Wegowood", y las "autoridades municipales —lo dice el visitante francés— toda gente de color, asistieron convenientemente vestidos aun cuando sin zapatos". Esta evocación y esta transcripción, nos está advirtiendo como, desde el comienzo, hay un carácter que es el sello del pueblo. Con un estilo de elegancia que no se ha sacrificado en el transcurso de los años.

Identificación y diferencias con el antioqueño

Los riosuceños nos sentimos alegres y orgullosos de nuestra identificación con la Antioquia maternal. Pero ninguno olvida que hay un ancestro lejano con los caucanos. Desde Popayán, la culta, llegaban las órdenes administrativas; se recibían las pastorales religiosas; se le daba curso a la ambición de cultura de nuestros primeros universitarios. Esa dicotomía, nunca nos puso en conflicto. Quizás, también, por otro hecho histórico como es la circunstancia de que, en el tiempo, el estado soberano del Cauca llegaba hasta las tierras de Urabá, riberanas del Atlántico. Pero el hecho es que sentimos diferencias, algunas abiertamente claras con el tipo humano de Antioquia y su comportamiento. Otras, más sutiles, lejanas y difíciles de aprisionar si no se establece una vigilancia muy estrecha sobre las actitudes. Persona cercana a mi vida, me señalaba estos razonamientos que hoy planteo aquí.

La palabra

La palabra allí es parte integrante del diario convivir. No es un instrumento de comunicación, simplemente para las cosas útiles. Al contrario, en ella se detienen con gozo, tomándole las diferentes acepciones que tiene y dándole vueltas amables para prolongar el

placer del diálogo. Este es común al riosuceño. Lo propician, lo estimulan con nuevos elementos, le dan aliento con temas del pasado o actuales. Las gentes tienen gracia y riqueza idiomáticas para referirse a las personas y a los hechos. Hay una tendencia al juego con el idioma.

Un elemento primordial en nuestra formación como es el carnaval, tiene sustento principalísimo en ella. Claro que este espectáculo colectivo tiene múltiples aspectos integradores diferentes. Pero sin apelar a la palabra, dejaría de existir. Sus cantos nos persiguen por años; se repiten en los días de júbilo; se mencionan en múltiples coloquios. Se apela a ellos para definir situaciones. Para señalar acontecimientos. Para denunciar, criticar o soñar. Es algo que, tradicionalmente, nos alimenta.

El refrán callejero, espontáneo y que hace cabriolas sobre la imaginación, es otro soporte de la inteligencia para sintetizar situaciones de la región. Aquél se dirige a definir o interpretar hechos comunitarios. O una situación particular, muy individual —por lo singular— que merece se guarde en la memoria de los hombres. Si no se utiliza adecuadamente la palabra pierde gracia, densidad. Y no se consagra en el tiempo.

En la única parte que he encontrado personas que mantienen el diálogo con el nombre de las películas, por ejemplo, o con el de las canciones, o apelando a algunas de las estrofas de ellas, es en Riosucio. Se necesita, entonces, un conocimiento —que puede ser intuitivo— de cuál es el valor del lenguaje, para combinarlo tan caprichosamente. Sólo esta modalidad se puede estimular en un medio de conversadores profesionales. Nuestro pueblo se ha destacado así y exige puntualizar, críticamente, cuáles son las calidades intrínsecas y legendarias que nos dan esas categorías.

La cultura y la cultura de Riosucio

Los criterios con los cuales se juzga en la actualidad la cultura, son novísimos. Están entrelazados con los que hemos expuesto acerca de la historia. Gracias a la Antropología, a las nuevas corrientes historiográficas y a una transformación ideológica profunda, aquélla tiene muchos ángulos para su enfoque. Nosotros aceptamos la que está distinguida por su carácter popular. No porque sus expresiones sean menores o sin calificación, o inclinadas a una ele-

mentalidad vulgar, como se ha entendido ese concepto. Simplemente con esa cultura popular lo que buscamos es que no obedezca a criterios elitistas, por una parte. Y por otra, que esté confundida con la misma identidad que aquí hemos destacado. Como tampoco aceptamos que producir cultura sea una simple acumulación de conocimientos. O que se incline, arbitrariamente, a despedazar una tradición. Ella debe proyectarse a influir en los modelos económicos y políticos que más se adecúen a la comunidad. Porque así no se traiciona la identidad. Por eso algunos afirman que ella es básica para el desarrollo, porque evita que éste se concentre, en lo que rige las reglas economicistas. Y lo aísla de los intereses colectivos. Ella está para determinar las condiciones en el campo cultural: toca lo relacionado con la lingüística, con lo educacional, con la familia, con la población, con el crecimiento urbano, con el medio ambiente, con las comunicaciones y con la democracia, según los juicios de expertos en la materia.

No olvidemos que ya dijimos —siguiendo a José Luis Romero— que la historia, es la historia de la cultura, principiando así a que se revoquen criterios y aparezcan otros. Dentro de éstos, Jacques Le Goff y Pierre Nora, señalaban con afán de orientación:

En fin, la historia de afirma como nueva anexionándose nuevos objetos, nuevos temas, que escapaban hasta el presente a su alcance y estaban fuera de su territorio. La bulimia actual de la historia podría habernos llevado a multiplicar los ejemplos. Lamentando el no haber podido presentar objetos típicos de las nuevas apetencias de la historia, nos hemos limitado a unas muestras significativas. Se han retenido, pues, algunos temas paradójicos ora en razón de su aparente intemporalidad, como el clima, el cuerpo, el mito, la fiesta; ora en razón de su inclinación por la historia inmóvil o camuflada: la mentalidad, los jóvenes; ora en razón de sus lazos con las ciencias nuevas y su desvío hacia la historia: el inconsciente del psicoanálisis, el lenguaje de la lingüística moderna, la imagen cinematográfica, los sondeos de opinión pública; ora en razón de su trivialidad nuevamente promovida a la historia; la cocina, que da fe a la par de dos sectores de importancia creciente en el campo de la historia; el de la civilización material y el de las técnicas; ora, en fin, en razón del escandaloso trastorno de óptica que se les inflige: el libro, considerado como producto de masas y no como producción de élite, ejemplo de la revolución cuantitativa en historia.

Creo que con esta cita, se va aclarando lo que implica una cultura popular. Por avanzada que sea una cultura, siempre tiene que aprender de las otras. Cuando el investigador toma un trozo —como el que proponemos, relacionado con nuestro Riosucio— no debe encasillarse en sus propios límites. Debe expandirse. Abrirse a la comprensión general. Darle vuelco a la imaginación y a su propia formación para señalar cómo se intercalan juicios, preceptos y reglas. La cultura se señaló como “ciencia de la oposición” porque andaba custodiando, interrogando, inquiriendo por lo más complicado y por lo más elemental; por lo de mayor densidad y por lo menos explícito. La historia de la cultura —advertía Eberhard Gothein— deberá describir el devenir interno de los pueblos y de las ideas y de la vida cultural en general.

Pueblos sin historia

Henri Moniot al escribir su capítulo acerca de los “Pueblos sin historia”, en el libro *Hacer la historia*, nos indica cómo hay de elementos para aprovechar en el juicio acerca de su destino. Como todo, absolutamente, todo, debe apreciarse en un análisis de esta naturaleza. Como no hay elementos que se pueda abandonar. Se ha pecado contra lo aquí sustentado porque, como él mismo lo advierte, el pasado está mal conocido porque los criterios que han predominado se ciñen a “concepciones tomadas en préstamo”. Pero es mejor que lo escuchemos:

Entre otros rasgos, la historia de los “pueblos sin historia” posee el de ser, ampliamente, una ciencia de terreno. Las fuentes orales, el material etnológico, todo lo que está inscrito en las memorias y los comportamientos, no sólo no puede ser recogido, sino que primero tiene que ser discernido, medido y luego evaluado y criticado, más que en la sociedad estudiada. De hecho, no siempre una frecuentación intensiva es eficaz; los eruditos “indígenas”, que poseen la lengua y se mueven holgadamente en su medio, con una percepción implícita y empírica, pero íntima y directa, de las realidades sociológicas en las que viven, son a menudo más aptos para la colección de tradiciones (el problema no se plantea si, como alguna vez ocurre, el historiador es originario de la sociedad que estudia; su “aculturación” personal le da eventualmente alguna distancia). Pero ricas son las obras de cuantos sabios han practicado este lento reconocimiento que “deja venir

hasta uno los 'problemas y los hechos", en el curso del cual han encontrado sucesivamente: el paisaje y sus redes de actividad, las herencias inmemoriales de una historia anónima, los estratos culturales e institucionales todavía vivos en los que se recortan los tiempos ritual, cíclico e "histórico", las tradiciones explícitas, las anécdotas y los detalles significativos en los que se manifiesta una realidad colectiva profunda de varias generaciones.

Estamos decididamente unidos al criterio de que la cultura debe ser plural. No para hacer separaciones, sino para unir a través de la comprensión. Ella sirve para el análisis crítico. Pero no para el rechazo de ninguna de sus situaciones sociales —por humildes que sean— y que, por cierto, aportan valores claves a su formación. A esto es que hemos querido invitar con estas palabras de estímulo a los estudiosos riosuceños.

La biblioteca, los periódicos

Los rasgos que nos definen, vienen desde la fundación. Boussingault recuerda que el padre Bonafont poseía una biblioteca. Hay que pensar lo que implicaba tenerla en una aldea, porque eso era, cuando por allí viajó el científico francés. Pero, además, rememoró sus sermones contra Voltaire y Rousseau. Es decir, apuntaba hacia el pensamiento más moderno. Y esas menciones, debían sacudir espiritualmente a nuestros antepasados. Seguramente indagaban. Se sentían comprometidos en consultar quiénes eran esos intelectuales que preocupaban al levita. Era algo conmovedor en las raíces de la inteligencia. No olvidemos que en los números iniciales de los semanarios que allí se han publicado, siempre existían espacios —señalados como de gran categoría—, donde se reproducían textos —prosa y poesía— de los más singulares hombres de pensamiento. Lo que se reeditaba, se inclinaban en algunas, por el razonar científico; otras, por la calidad del estilo. Eran enseñanzas abiertas y permanentes para nuestro conglomerado humano. Tampoco olvidemos lo que cuenta Rómulo Cuesta en su novela *Tomás* de que allí se hacían representaciones de Shakespeare, los cuales se escuchaban con respeto estético.

Si nos preocupáramos por organizar en nuestra Biblioteca Municipal los frentes culturales de los hijos de Riosucio, descubriríamos una fuente inagotable de las calidades de lo que nos distingue y

nos proyectará en el tiempo. Me refiero a sistematizar una hemeroteca, demandando las donaciones de todos, sin exclusiones. Que allí se lleve lo que las gentes han acumulado en el afán de acendrar sus devociones. Que se microfilmen muchos de los periódicos que se encuentran en la Biblioteca Nacional que desaparecieron de nuestro pueblo. Que se adelante una metódica pesquisa, escribiéndole a los parientes y amigos de los directores de periódicos para indagar qué se conserva de ellos. Estos, son fundamentales para trabajar la historia; para contar lo que nos pasó en el pretérito. Allí se encuentran los relatos de lo acontecido. Los comentarios editoriales que puntualizan las situaciones, las critican o las exaltan. Con otras contribuciones investigativas, se puntualizaría parte, de nuestro transcurso humano. Pero si se toma por otro aspecto, se indicarán las preocupaciones intelectuales que sacudían a nuestras gentes: por lo que escribían, cómo lo hacían y qué referencias cultas levantaban. De suerte que los semanarios son básicos para fijar nuestro pasado y las calidades de éste.

Nos hace falta, igualmente, hacer la biografía de nuestros periodistas. Muchos dedicaron su vida a este oficio, en medio de aulagas y desquiciamientos económicos. La mayoría tenía otras actividades. Algunos ejercieron influencias comunitarias, muy visibles, no por lo que escribían, sino por su misma condición innata de líderes sociales. Otros, fueron jefes políticos. Varios, no nacieron en Riosucio. Pero allí se despertó su vocación y la ejercieron a plenitud. Además hay uno que recuerdo ahora, escribió muchas novelas, que tienen interés nacional. Pero aún más: el argumento y los personajes, son parte de nuestra greda humana. De suerte que al volver acerca de la vida de los Directores y sus principales colaboradores irán apareciendo diversidad de materias con las cuales armaremos el mundo interno de la hagiografía del Ingrumá.

La hoja volante

Tenemos una vieja tradición, que ojalá no desaparezca: la hoja volante. En ella se hace el análisis de una situación inmediata, que nos inquieta. Se denuncia lo que preocupa. Lo que está perturbando la vida comunitaria. Se cuenta lo que nadie se atreve a comentar en los semanarios. Lo que cada uno conoce —con datos arbitrarios— y que allí se quiere poner en orden para que lo juzgue la ciudadanía.

Generalmente, unas son hojas escritas con mucha pasión; otras,

con el sonreído principio de la gracia mental. Están dirigidas a la denuncia; a la condena; al relato de aventuras de múltiples órdenes; a poner al descubierto la falta de sentido ético de los administradores; a dejar consignada la protesta e indignación por el mal manejo político. De vez en cuando, para que un rumor —que ha pasado rondando por plazas, cafés y casas donde la tertulia es costumbre— principie a ser testimonio escrito. Y que quede, en manos de la colectividad, el papel que responderá por el hecho en el futuro. Con firma o sin ella; con un nombre simulado o con pseudónimo, despierta, en los días de mercado, las capacidades de picaresca y de oposición que hay en el ánimo de nuestros paisanos. Así, con la hoja volante, el mundo —nuestro mundo— principia a tener claridad.

Los escritores

Una sección de la Biblioteca debería estar consagrada a los escritores riosuceños. Tenemos libros de las más disímiles calidades, siempre apreciables. Desde memorias sobre episodios de la vida nacional, local o de las hazañas guerreras que muchos de nuestros paisanos cumplieron, los más severos estudios jurídicos, en materias las más exigentes, hasta un alud de poesías de diferentes escuelas. Libros sobre creencias y otros mitos de nuestra comarca y cuentos sobresalientes en la literatura. Otros de historias de Riosucio con eruditos informes: Novelas que sorprenden por la riqueza de datos sobre nuestro pasado y lo que sueñan los personajes. No hay género que no se haya usado. Leer esos volúmenes, es una revelación de cómo ha sido y es la inteligencia de las gentes del Ingrumá.

Siempre pienso en que se debe acometer con rigor selectivo, una Antología, tomada de nuestros semanarios, de los más destacados editoriales, con secciones dedicadas a la crónica, la poesía y el relato. Alguien deberá reunir los artículos de Carlos Garthner de la Cuesta que son verdaderos estudios acerca de la mejor red carretable del país, con anotaciones sobre especificaciones y rutas más aconsejables. Esos textos los leyeron los colombianos en “El Tiempo”.

Hay una labor muy urgente: intentar reunir la obra dispersa de los escritores y poetas riosuceños. Dejaron su mensaje en los periódicos, en revistas, en copias que entregaban a amigos y familiares. Quizás Rafael Vinasco Trejos —que trabaja con orden, pasión, inteligencia y conocimiento acerca de la riqueza histórica y cultural de

Riosucio intente esa obra de tanto alcance—. Así podemos destacar, una vez más, la importancia de los archivos familiares. La edición de un libro con esos mensajes que hoy muchos desconocemos, nos darían sorpresas intelectuales deslumbrantes. Esa es una obligación con la memoria de quienes nos antecedieron en este afán de organizar el universo en palabras.

Pero aún más: en el mismo establecimiento cultural, deberá iniciarse una campaña para que las gentes donen los archivos familiares que tienen: la correspondencia entre los parientes en donde hay informaciones para las historias locales; los libros de cuentas para puntualizar cómo ha sido nuestra evolución económica; las recetas tradicionales para descubrir qué enfermedades han predominado y el manejo de los elementos de la naturaleza para su tratamiento; las armas, banderas y escudos de quienes combatieron en las guerras de independencia o en las civiles, siendo Riosucio centro de grandes combates. Es decir, aglutinar aquello que sirva para el investigador sentenciar mañana, apoyado en esos soportes de inigualable valor humano, cómo fuimos y por qué hoy nos comportamos de tan singulares maneras.

La riqueza pictórica

La tradición pictórica nuestra, es muy apreciable. Lentamente los *Encuentros de la Palabra* han rescatado valores olvidados y estimulado a los contemporáneos. En los libros que se han publicado de ese singularísimo e importante hecho cultural, así calificado en la vida nacional, aparecen nombres, juicios críticos y referencias que nos deben enorgullecer. Recientemente he visitado la ciudad de Santa Fe de Antioquia. Allí Buenaventura Palomino y Leopoldo Palomino hacen repetir, con exaltado orgullo, el nombre de la tierra de origen. Y lo mismo me sucedió en Buga y en otros pueblos aledaños a esta ciudad. Las obras de mis paisanos, como en Rio-negro la de sus descendientes, tienen sitio de reconocimiento en la inteligencia de críticos de arte y de los estudiosos de la riqueza pictórica del país.

La iconografía heroica, la relacionada con los héroes de la Independencia, que por los pueblos mencionados y por los de la comarca, engalanaron salones de Concejos y aulas universitarias, son de pintores de la aldea amada. Aparecen con sus rostros de hombres victoriosos, en plenitud varonil. Con uniformes de sabios tejidos

y algunos demandan el oro para reproducir galardones, pecheras y entorchados. Otros llevan en sus manos, con inusitada elegancia, sombreros de varios picos, con ricos plumajes. El de más allá, la espada, unida a la majestad del gesto, y escuetamente ella sola proclamando su dignidad y su alcornia militar. Esos paños, signos y símbolos castrenses, demandan excesiva pericia en el manejo de la paleta. Además, sacerdotes, obispos y Papas, algunos de serenos y desolados rostros, asoman por entre sus telas de sabia distribución de colores. Sus capas pluviales, sus sobrepellics de tan ricos tejidos, con su blancura, realzan la categoría de quienes las ostentan y armonizan con los oscuros categóricos y con unos rojos detonantes. Cuando aprisionan fisonomías de gentes civiles, les dan el carácter de bondad, fortaleza, dignidad, que los distinguían y destacaban entre sus conciudadanos. Rostros con gravedad de pensadores van indicando cuál es su posición en la vida administrativa. Sus paños, de rigurosos cromos, sus camisas de un blanco impecable y severamente ceñidas, sus ruanas negras, su posición exigente en la rectitud del cuerpo, el gesto de la mano o la simple mirada, destacan su personalidad. Las mujeres con sus bellos rostros, con sus ligeros asomos de coquetería, con sus telas tejidas minuciosamente, dejan, sus dulces o dominantes caracteres. A veces, unos paisajes con las técnicas de la época, siempre con sabios y discretos tonos, se pueden apreciar dándole delicada categoría a los salones o a las salas de recibo.

Debemos celebrar que en Riosucio, al lado de su Biblioteca, se haya comenzado a organizar una pinacoteca de nuestros creadores. Por ese acto de tan singular importancia, necesitamos vocear, con palabras de exaltación, a quienes concibieron la idea. En el futuro, cuando los posibles donantes constaten el debido manejo de los cuadros, seguramente ella se enriquecerá significativamente. En esos muros se recibirán lecciones de estética que a sus visitantes les despertarán júbilos visuales. Pero tenemos que preguntarnos y habrá que repetirlo: ¿quién va a acometer la clasificación de una obra, suelta por tantas casas y municipios; intentando la publicación de un libro con decorosa diagramación y con reproducción adecuada de colores, que señale a Riosucio el sitio que ha tenido, desde el siglo pasado, en la creación artística? Por lo que conozco de sus nuevos artistas, comprendo y puedo declarar que no se ha perdido nuestra tradición. Al contrario, la veo crecer y ampliarse con nombres que diariamente vemos ocupar espacios en la crítica nacional.

El universo musical

En la música, nos hemos enriquecido con creadores e intérpretes; con cantantes, coros y conjuntos. Desde el ser que pone el oído a los sutiles requerimientos del amor; a sus desgarrados conflictos; hasta el que va alegrando el mundo de los oyentes con la alegría de sus cantos.

La riqueza expresiva, es de muy variados tonos, alcances y grupos. Se utilizan los géneros más disímiles. Sus proyecciones se toman del sentido de las varias preocupaciones individuales o colectivas. Y quienes ejercen el bellísimo oficio de las melodías, las extraen de diversos lugares. Según las noticias que escucho, en estos momentos tenemos ciento veintiocho conjuntos musicales que ofician en el pueblo y en las veredas. En éstas, lo he comprobado, utilizan instrumentos muy elementales, que los mismos campesinos elaboran, inventan y reinventan, utilizando la sonoridad de los recursos naturales. Y éstos entran en combinación con los más sofisticados de la cultura universal. Los que han empleado para sus creaciones los genios o los más expertos ejecutantes. Todo se entremezcla con naturalidad.

Nuestra larga tradición musical nos permitirá hacer varios escrutinios. Y se deben estudiar de inmediato. El primero, hacer la lista de los compositores; clasificar su obra; imprimir sus pentagramas para distribuirlos con el fin de que se puedan utilizar por todo aquel que tenga el don de la interpretación. Conjuntamente recoger en un álbum sus canciones, con investigación muy cuidadosa y rigurosa, con explicaciones sobre los géneros, variantes y los aportes que se hayan entregado. Es rescatar un patrimonio para las futuras generaciones y para hacer una presentación al país. No se podrán eludir las biografías de los creadores.

Hay multitud de melodías y de canciones, creadas empíricamente. Siguiendo la magia del oído. Obedeciendo al impulso íntimo, sin que el artista tenga conocimientos del pentagrama y de las técnicas de la transmisión. Allí hay una labor más complicada e igualmente singular por su trascendencia. Alguien con experticias, debe llevar esas obras al riguroso pentagrama para que se puedan expandir y conservar. Porque una tradición familiar o de sectores de la amistad las repetirán por un tiempo. Y, desde luego, tienden a desaparecer. Estamos, pues, dejando romper una tradición que nos enaltece.

Igualmente, en el carnaval se utiliza mucha música creada para el instante del goce y la expansión. ¿Alguien se ha interesado en organizar, además con la letra que la acompañaba y una explicación del alcance del mensaje de la cuadrilla? En cada época el sentido de lo que se canta —júbilo, esperanza o protesta— tiene otros valores. Hay que dejarlos establecidos.

Nuestra vida, en este aspecto, se ha distinguido por la existencia de muchos grupos de intérpretes. Personas —de muy variados oficios— que se reunían durante años, puntualmente, para dos cosas básicas: escuchar música durante horas y comentar los hallazgos. De esos cenáculos, salieron varios compositores.

Otro hecho muy importante es el de que hay familias que se han destacado por dos calidades: Una, sus integrantes ejecutan algún instrumento y, dos, forman un conjunto, que nos ha entregado las dulces inquietudes que despierta la ejecución. Esa es una clasificación de la tradición de sectores de la comunidad. Vamos a encontrar una sucesión impresionante de familiares donde se ha cultivado ese arte. Hombres, mujeres, niños, viven bajo su hechizo. Pues el balance minucioso, hay que hacerlo. En otras casas, las voces con las modalidades más sugerentes, es otro filón que es necesario clasificar.

Todo esto no es imposible. Es exigente y demanda tiempo. Tenemos muchos nuevos valores —asistidos de conocimientos, ayudas técnicas, ejemplos de otras naciones que estamos seguros rescatarán lo que aquí demando con devoción filial. Mi súplica se acentúa de afán porque escucha con precaución que la radio y la televisión —en ambos casos por falta de vigilancia, de conciencia y de orgullo nacionales del gobierno— nos están pervirtiendo las fuentes iniciales, doblegándolas, además, en silencio. Si lo nuestro lo clasificamos e imprimimos, su influencia se prolongará en el tiempo.

“Las Danzas del Ingrumá”

Ello va entrelazado, como es elemental, a los bailes. Ya tenemos un conjunto como “Las Danzas del Ingrumá”, con prestigio nacional e internacional. Asistí a una de sus presentaciones. Lo que más me impresionó, fue el testimonio de los campesinos que llegaron de varias veredas, y quienes explicaban el origen de cada compás. Además, declaraban que lo que se presentaba, no traicionaba ni el ori-

gen, ni la calidad. Es el respeto a la cultura popular. De allá, de esos lugares lejanos, se traían los pasos, los trajes, los ritmos —que en el pueblo ya se habían olvidado— y que en esas regiones remotas, se habían conservado con pureza y autenticidad. La cantera es rica. Y hay que seguir explorándola. Una anotación singular: algunos de esos bailes, tienen origen europeo en su aire, la música que los acompaña, el despliegue de pasos, venias y rituales. Entonces, hay un filón riquísimo para intensificar el estudio de nuestro mestizaje cultural. Es, pues, otra vertiente de muchas y amplias aventuras para nuestro pensamiento local.

El milagro de la voz

Los coros —el uso de la voz en su plenitud— es otro de los rasgos de lo que es la cultura y la devoción musicales en nuestro Riosucio. A mí, a los años, me asalta el recuerdo conmovido, patético y desgarrador de lo que se cantaba en las procesiones de la Semana Santa. Especialmente lo que representaba los pasos de cada estación del Señor: el tono era más inclinado a la angustia. Un aire de grave dolencia colectiva, nos sobrecogía a todos. Esto lo lograba el milagro de la entonación. Quienes se aglutinaban al lado de un órgano portátil, alzaban sus plegarias en cantos litúrgicos, que hacían estremecer a la comunidad. Más tarde, esas mismas voces, interpretaban cantos de amor, de júbilo, de esperanza. Hay que contar cómo se integraron; quiénes hacían parte de ellos en las diferentes épocas; sus directivos y qué cantaban. De dónde venían los orígenes de sus plegarias o de sus exaltaciones de las formas de la vida. Es un homenaje a la voz humana, que nos hace reconocer la virtud de sus arpegios.

Además, va a aparecer el violín, el tiple, la guitarra, la bandola, que nos acompañaron a todos en el comienzo y en el final de la noche. Para recostar en sus melodías las euritmias que crecían en el corazón, o consolar las horas de la melancolía, mientras una niebla insistente nos advertía que ya venía el amanecer. Otros, estaban disciplinados para cantar a quienes amaban; o levantar melodías de despecho; o reconciliar a quienes se estrujaron el alma. Y nuestras bandas —desde la música clásica hasta la criolla— que nos dieron horas de solaz en el kiosco de nuestro parque tradicional. Mientras allá cobres y tambores resonaban con su mensaje melódico, cada quien levantaba su mirada hacia la mujer de la desgarradura, la es-

peranza, y los sueños. El mundo en su capacidad de milagro se nos quedaba atado a una rosa, a los pinos milenarios, a las rejas de caprichosos dibujos, a una sonrisa de dulce encanto, a unos ojos negros que destellaban impulsos de azogue. Así crecimos todos, entre melodías y relámpagos de amor y de bohemia.

¿Qué finalidad tiene este interés en ordenar tantas materias de nuestra vida local? Decir cómo estamos unidos a la grandeza de la patria. Recuerdo que en lo musical, en la contienda de 1876, en la batalla de Batero, uno de nuestros compositores creó una marcha de tono heroico. Reunió a parte de los guerreros riosuceños que allí combatían y con ellos formó una banda de guerra. Se interpretó el mensaje en tono bélico que ayudó a encender la ardentía de la lucha. La beligerancia de los combatientes, se acentuó más. Hay que rescatar esa marcha, pues es parte de uno de los momentos históricos más trascendentales de la vida colombiana. Nuestro querido pueblo, no está ausente de los más culminantes instantes del discurrir nacional.

Arquitectura

Un fenómeno que apenas comienza a mirarse con detenimiento crítico en el país, es el alcance de nuestra propia arquitectura. Tenemos muchos y variados modelos copiados de otros medios. Pero hay una que es síntesis y revelación de lo que es la casa como concepción de la integración familiar. Pero que habla, además, de la ubicación económica de la región y de sus habitantes. Igualmente de sus oficios, sus comercios, sus productos agrícolas y de su minería. Se ha aceptado que es parte de lo que como reflejo o influencia, ayudó a conformar la "arquitectura de la colonización" o "arquitectura antioqueña". Con ambos calificativos se le conoce.

En el caso riosuceño hay unos modelos en los cuales se utilizaron las enseñanzas tradicionales, armonizándolas con las pericias locales. Las necesidades económicas, las demandas de los negocios obligaron a adoptar la vivienda a los requerimientos de aquéllas. El resultado es que el hogar y el negocio se entrelazan. El uso de la guadua y de la cañabrava, con el clásico pañete, da una arquitectura armoniosa, a la cual se le pueden exigir las figuras más extrañas. Esos elementos de construcción facilitan el manejo de los más insólitos recursos de la demanda habitacional. Ellos crearon una téc-

nica especial en su manejo. Se requería buen gusto para la distribución; para los espacios que debían utilizarse en puertas y ventanas; para los recodos de desplazamiento; para los que conducían de un piso a otro. Tenían la virtud de facilitar verdaderas acrobacias por la altura a la cual podían proyectarse las construcciones. Recuerdo lo que eran las esquinas principales: la casa de los Cuesta, en la Calle Real; o la del Colegio, en el cual recibí enseñanza básica de mi formación cultural. O la bellísima arquitectura de nuestra vieja “Casa Municipal”, que fuera de albergar la mayoría de las oficinas públicas, servía de lugar de esparcimiento público: toros, baloncesto, verbenas, conferencias de quienes por allí fungíamos de explicadores de los afanes nacionales; tablado para reinados y bailes. Sin que olvidemos donde funcionó el Hotel de las Tabordas, que era un verdadero edificio por su altura y su prolongación en el espacio. Eran de dimensiones colosales donde los calculistas de hoy se perderían. Y nuestros modestos artesanos —pues a ellos se les debe esta arquitectura— encontraron las soluciones racionales. No tenemos, por lo tanto, de qué asombrarnos. El mundo arquitectónico para ellos no tenía misterios. Con sobriedad, sin alarde, con precarios recursos técnicos, resolvían las más intrincadas y caprichosas solicitudes de sus clientes, ajustándose a las imposiciones arbitrarias del terreno.

Madera

Dentro de ese espectáculo de destreza y medida, hay que hacer una mención particular a nuestros artesanos de la madera. Esta fue dócil en sus manos. Obedeció a su manejo con bellas figuras, que representaban flores y otros adornos. Se hicieron casi tejidos de delicados encajes para las puertas de los contraportones; para algunas, que daban a la calle y que tenían aldabones. Estos últimos han desaparecido. Los pisos de nuestras casas, los postes que sostenían la armazón; los remates para recoger los canales del agua lluvia, tenían figuras muy arbitrarias. Ellas iban desde dulces palomas que se cubrían con su propia ternura, hasta animales inquietantes, tigres y leones, que dan sensación de majestad. Regia artesanía, que completaba la belleza de la arquitectura que antes hemos descrito. Todos somos deudores de lo que allá dejó y que, aún, podemos observar en la casa del doctor Toro, en la plaza de abajo, en sus bellísimos balcones o en el Teatro Cuesta. De resto, lo demás desapareció en el torbellino insensato de estar haciendo “progresos” en beneficio del pueblo.

La orfebrería

La riqueza aurífera, favoreció la aparición de los especialistas en su manejo. Ellos fabricaron muchas joyas. Inclusive Cieza de León y Robledo, consideraron que en la comarca —desde luego, Riosucio no se había fundado todavía— se pulieron muchas de las figuras que se consideran de la “cultura quimbaya”. Entonces el antecedente es muy remoto. ¿Cómo llegó allí? Pues, como es elemental, a través de los indígenas. Por una sucesión de sangres en el tiempo. El hecho es que es otro de los atributos de las manos de nuestros artistas anónimos. Collares, anillos, aretes, adornos para los brazos, con caprichosísimas figuras, fueron dando la pauta de lo que era ese mundo del manejo del oro. Se ha prolongado la manificencia de sus atributos, hasta nuestros días. Por familias, se puede devolver el investigador para encontrar los maestros que hicieron el refinamiento inicial de los artesanos.

Lo oral

El historiador, se ha sostenido en las nuevas tendencias de la ciencia, es el artífice de la memoria colectiva. Para que su obra pueda reflejar lo verdaderamente acontecido, su obligación, es manejar los materiales con honestidad. Que cada reflexión obedezca a un contenido ético. Criterio para tomar y aprovechar lo mejor. No para dar lecciones de moral, pero que, al exponer los materiales, se vayan señalando conductas.

Hicimos referencia a que muchas gentes podrían tener dudas si sería aceptable buscar lo contemporáneo. Pues insistimos en que ello es posible. Porque hay que distinguir tres categorías: una, la del historiador que tiene que apelar a muchos recursos científicos, ya marcados por el conocimiento de lo que se debe investigar y por qué, además, sabiendo a cuáles técnicas —dentro de la diversidad de oportunidades que se presentan— debe recurrir para puntualizar acontecimientos y categorías de los personajes. La segunda, es la del contador, que va relatando, sin estar interesado en que su coloquio se ciña a unas reglas o no. Su mundo es abierto, inclusive a la imaginación. Pero todo ello valora la materia histórica. La última, es la del protagonista. Este ojalá ennoblezca el legado histórico con su propia versión. Puede llegar a ser la no oficial. Ella permite ser contradicha, impugnada, mirada con otra perspectiva. La de los testigos. La de los testimonios que quedan en cartas, rela-

tos, personas, periódicos de la región, visiones familiares, apreciaciones de partido, etc. El protagonista puede estar sometido a unos intereses. Estos, quizás quieren que sean los de su parcialidad, los que el gobierno —si lo representa— desea propagar. Entonces, lo contemporáneo tiene la virtud de contradictor vivo. Por ello le damos la mayor categoría a estas fuentes inmediatas.

Muchas de ellas se expresarán a través del diálogo; del relato a viva voz; en medio del coloquio circunstancial. Presidiendo sus palabras el recuerdo personal. Así va apareciendo la visión no interesada. Es una manera de recoger aquello que no tiene manera de expresarse a través del documento; del infolio escriturario; del informe a las más altas jerarquías. Es una manifestación paladina de la cultura popular. Es lo concerniente a los temas de la región, los que cruzan. Burke advierte que la

. . . historia de la cultura —que es la que he venido proponiendo en estas páginas acerca de Riosucio— incluye en la actualidad las normas o las adopciones que subyacen a la vida diaria. Todo aquello que antes se daba como supuesto, obvio, normal o de “sentido común”, ahora es visto como algo que varía de una sociedad a otra, de un siglo a otro y que es socialmente “creado”, por lo que requiere una explicación o interpretación social e histórica.

Ella, puede utilizar, interpretar los más extraños recursos: “La comunicación de los hombres entre sí, puede ser oral, escrita, figurada, gestual, musical y rítmica. . . y su conservación, gráfica o memorizada”. Precisamente en un libro que apenas comienza a circular, *Novela y Poder en Colombia: 1844-1987*, del profesor norteamericano Raymond L. Williams, éste sostiene que lo que distingue a Colombia, en los siglos XIX y XX; “es la fuerte presencia de la cultura oral y de la cultura popular”. Y anota que es parte integral de la nacional. En ésta, en la oral, nos estamos apoyando.

¿Qué es un lugar?

Lo que hemos señalado, se realiza en un lugar determinado. Para que tenga la ubicación y para que pueda proyectarse debidamente, es indispensable que haya un conocimiento histórico de él. Inclusive al llegar a este grado de información, se puede apelar a esos

mismos datos para intentar las fabulaciones. Entonces, es cuando aparece la verdadera proyección que tiene la vida en ese sitio peculiar. No es la evocación de la aldea con sentido nostálgico. No es este signo el que nos debe conducir. Bien al contrario, es la reconstrucción de tantas, dulces y ásperas experiencias, de mundos abigarrados, de los densos dramas humanos, de las leyendas que brincan como chispas para encender la imaginación.

Los estudios que estoy sugiriendo, no van dirigidos a encuevar más la vida. Al contrario, lo que deseo es que ellos se proyecten a demostrar nuestra participación en la vida nacional y que dejen el resquicio creador por donde nos asomamos a la universalidad. No es para confinarnos. Bien distinto es el enfoque: es para abrirnos, ampliarnos, explayarnos sobre las densidades humanas, políticas, económicas y sociales del país y del mundo. Aspiro, además, a que el especialista en fábulas, nos reinvente lo que allí hemos vivido. Pero aquello no impide tener un sentido del lugar. Poder puntualizar cómo es la significación del pueblo; cómo se han ido integrando los grupos étnicos.

El escritor puede tener variedad de propósitos. No tiene por qué ceñirse a uno solo. Hay que hacerlo con orgullo por lo que somos y representamos. Sin dejarnos vencer de los prejuicios. No hay que olvidar que, desde la Colonia española, hay un desprecio por lo que ellos llamaron la barbarie. En esta calificación se encontraba ubicada la aldea. Esta no tenía títulos como la que creó España para sus raizales, y otorgándole blasones. Además, el pueblo modesto, no tributaba.

Acerca de esos criterios, se ha producido una verdadera revolución. Es un radical cambio de mentalidad. La región, ahora, tiene una categoría y define muchos problemas de esencia. Ya lo dijo Le Goff: la tendencia de la historia es "sumergirse en el nivel de lo cotidiano, de lo ordinario, de las 'menudencias' ". En el mundo se ha presentado, después de la segunda guerra mundial, una verdadera batalla anticolonial. Se ha peleado contra las formas imperialistas; se ha derrotado a los países más poderosos. Entonces, esto ha descubierto que el mundo despreciado; el separado por conceptos llenos de prejuicios; el que no pesaba en el aliento de las decisiones, tiene hoy otra categoría. Obedece a otros principios. Se le han reconocido jerarquías. Nosotros las hemos defendido y las hemos hecho explícitas. Cuando Boussingault llega, apenas terminada la fundación, ya se tenían ciertas categorías en los objetos. Esto no

lo da sino la tradición. El cuenta que “me prestaron, del presbiterio, un sillón del siglo XVI, mesa de madera trabajada, guarnecida del cuero de Córdoba”. Y menciona que utilizaba una “bella jarra de barro cocido”. De suerte que desde el orto, andamos con elementos de valor. Eso es lo que debemos rescatar y valorar.

Fabulaciones

Tenemos muchos mundos, de diversos linajes, y de extraños significados sociales, que debemos principiar a reconstruir. Necesitamos muchos fabuladores y muy buenos para penetrar en la vida íntima de la aldea. Como en todo lo que se relaciona con este escrito, también en lo que se refiere a los relatos sólo menciono muy pequeños y trancos episodios o circunstancias. “La ficción no es un ejercicio o una aventura efectiva. Es un instrumento del espíritu”. Esto lo ha escrito Jorge Luis Borges, quien en su literatura consagra los puñales, los cuchillos, la aventura turbia de los duelistas o de las proxenetas de la orilla de la ciudad. ¿Quién va a reconstruir las hazañas de Jesús Reyes, el más ínclito varón detrás de su peñilla? Es lo que se llama en la nueva historia un héroe popular, que hace parte de la vida de los pueblos como los caballeros, los gobernantes, los santos y otros varones de tantas calificaciones. Lo recordamos en los días de mercado y en las ferias, esgrimiéndola, convocando a todos sus enemigos. Era un espectáculo de lo real maravilloso, para seguir hablando en los términos de nuestra novelesca indoamericana. Lo evoco con su sombrero blanco, tirado hacia atrás. La frente descubierta, los ojos brillantes, con luminosa irradiación de ira. Sus manos estaban tensas, con el arma levantada como pendón o bandera. Con la ruana en la mano izquierda, enrollada. . . para detener golpes y con ella incitar al contendor. Se sentía que un hálito de furia grandiosa circuía la figura del combatiente. Y se paraba con aire de dominador de la escena pública. Se detenía el aire, cubriéndolo una atmósfera de terror que parecía darle un marco de grandeza. Nadie se atrevía a irrumpir por esos lados donde el brusco heroísmo ejercía su poder dinámico. Era una figura de leyenda. Necesita un biógrafo humano que lo clasifique dentro de la galería de los invencibles.

Los cafés de la localidad, siempre han tenido una personalidad. Se han distribuido el derecho a atender clientelas particularizadas. Pero dentro de ellos, siempre ha dominado un personaje en agraz —pero personaje— a quien se le han reconocido sus privilegios y su

ascendiente. Generalmente, ejercido a través de la palabra. Esta que adoctrina, aconseja, determina. Con unas características muy peculiares de exageración. Y cada quien, así lo acepta.

Lo mismo ha sucedido en las galleras. Unos eruditos en juegos; en las suertes; en la apreciación de los colores de los animales; en la calificación de las espuelas; en la vivacidad demoniaca del ojo; en la rapidez dinámica de su ataque. Esto lo apreciaban a pesar de que el animal estuviese en reposo. Y, luego, un lenguaje que comprometía a los concurrentes en la aventura de la lucha cruel. El rondel se volvía el centro de la agitación de muchos corazones. Estaban guiados por el avizor. El que dirigía. El que conducía los lances.

Los apodos, unos inteligentes, precisos, con perspicacia, y, otros con refinada maldad, siempre han definido al sujeto. Este queda enmarcado en su condición humana, ya sin escapatoria. Por esfuerzos que haga, tiene como una especie de corsé psicológico al cual lo ciñeron las lenguas de sonreída pasión por los calificativos.

Los voceadores necesitan también su cuentista. Iban repartiendo, a través de una bocina, las noticias de lo que sucedería en la política, en los espectáculos públicos, en el comienzo del día, en el intermedio de la tarde, en la noche. Eran los que comprometían la atención del distraído; devolvían la voluntad de los débiles; amarraban la decisión de los incautos. Ese hombre era el que informaba, como un periodista.

Los sitios de la diversión pagana, la de los excesos de alcohol y deliquios sexuales, siempre han tenido una significación, no sólo para quienes utilizan sus encendidos escenarios de alegría. Se contagia la atmósfera de una diluída complicidad. Mucho de lo sucedido allí, merece ser contado en prosa llena de sugerente riqueza en la descripción de los tipos humanos. Algunas mujeres merecen medallones sicalípticos donde su furor agónico explique cómo caían sometidas las criaturas a su voracidad. Hombres que hicieron de burdel su sitio para lucir prendas, cuchillos sigilosos, bailes estafalarios, aventuras de valor. Y la noche, iluminada de resplandores alcohólicos, de estrellas de la barraganía, con sus cantos populares, que se iban internando hasta el filo del amanecer.

Los barrios

Durante mi niñez y mi primera juventud, las gentes de Riosucio se identificaban por sus barrios. Estos, otorgaban una credencial al habitante del municipio. Les daba un sello. Cada vez que regreso, encuentro que se usan menos los patronómicos tradicionales. Es, entonces, como que me mutilaran parte de mi propia geografía urbana. Dejo de pertenecer a muchos sitios. Se me van borrando en la memoria. Me siento desposeído. Vale la pena reconstruir su historia, porque ésta no fue caprichosa. Los apelativos de los vecindarios, nacieron impuestos por un episodio. De importancia municipal o restringida al lugar. Pero que se iba prolongando en futuros desnudos. Algunos correspondían a hechos de la vida colectiva; o unidos a afanes amorosos; o a circunstancias momentáneas, que tenían importancia entre gentes por el sitio en que convivían.

Repitamos algunas de sus identificaciones: Los Tanques, El Salaíto, Los Chorritos, La Plazuela, La Cuchilla, El Banqueo, El Parque Infante, El Ciprés, Pié del Llano, El Alto del Cementerio, La María, El Vergel, El Mochilón, El Alto del Chocho, Los Aguacates, El Rebaño, etc. De lo que allí sucedió, se pueden tomar muchos datos para utilizarse en cuentos que revelen nuestras condiciones de vida civil.

Otro paraje para rescatar en la memoria y en los relatos, es la importancia de la esquina en la vida local. Algunas se identifican con ciertas personas, pues en éstas ejercían todos sus oficios, inclusive la haraganería. Uno sabía que si se requerían, allí podían llegar a consultarlas. Son centro de su observación. Desde ese punto dominan las circunstancias que personalmente les interesan: vigilan el negocio; atisban, cautelosamente, sus amores; dirigen y dan órdenes a los aliados. Algunos de estos seres, tenían el prestigio de ser buenos comentaristas. Entonces, se reunían y se aglutinaban para escucharlos.

Pero la esquina es de todos. Es un lugar universal de convergencia. Es rincón en el cual, a veces, las gentes se comprometen para otros designios. Llegan allí para buscarlos. Para deslizarse el comentario. O, simplemente, porque desde allí puede uno tener varias antenas puestas: para recibir información; para observar, con minucia, los actos de las personas. La esquina es doble centro de convergencia y de partida. Su importancia en la vida local, es muy sin-

gular. Muchas de ellas merecen crónicas para prolongar su influjo y su leyenda en el tiempo.

Medicina mestiza - El curanderismo

Hay que regresar a refrescar nuevas noticias de Boussingault. Con las suyas, nos percatamos de que un mundo, de cercanías, entre el empirismo y lo científico, va fortaleciendo una medicina mestiza. Se unen los principios de un médico formado en Inglaterra, con las sabidurías de los indios y de los negros, con las pericias de los empíricos.

El doctor Hervis era el cirujano de las minas de Marmato. El reparía sus conocimientos; daba instrucciones de acuerdo con su formación científica; se movía con rigurosos orden mental. Lentamente, le fueron aceptando principios y tesis.

A la vez, el indio chamí, lo cuenta el sabio visitante, suministraba sus medicinas que “proviene del reino vegetal”. Y agregaba: “Cada médico (curandero) tiene la reputación de ser brujo. . . Los curanderos son muy charlatanes y cuando no pueden ir de inmediato cerca del enfermo, envían su ‘montera’, que es un gorro, para que con él se cubra la herida hasta su llegada”.

Sus enseñanzas fueron muy extendidas. Las gentes conocían el valor de sus medicinas. Manuelita vivía en la casa cural, donde se alojaba el sabio francés. Su hija parecía hija de levita o, al menos, así lo “indicaban sus ojos azules”. “Más de una vez —lo repite el visitante— ella me hizo beber sus famosas infusiones sudoríficas de las que los indios tenían el secreto. . . Los indígenas y los negros conocen cantidad de vegetales con propiedades tóxicas muy energías”.

A la instrucción de la universidad europea, se unían las prácticas indígenas y negras. A la vez, tomaba su participación energética el curanderismo. Que no es magia ni religión. Se apoya en principios naturales. Es el comienzo de la ciencia. La medicina casera, la ejercían las mujeres del servicio, con el uso de las yerbas y de los productos minerales y animales dentro de las técnicas tradicionales. Las prácticas, en muchas ocasiones, tenían el sello de la cultura regional. En ese rango, se llamaban: yerbatero, hojero, botánico,

sobandero y componedor, huesero, ampolletero, comadrona, te-gua. Son nombres con los cuales se distinguen y destacan sus habilidades.

Alguien debe tomar estas guías y trabajar ese sugestivo tema de la medicina mestiza. Le van a hallar aportes de tres vertientes humanas —la europea, la indígena, la africana— con calidades, matices y pedagogías bien disímiles, que en Riosucio se fueron entrelazando. Es atrayente y apasionante materia.

Las comidas

Siguiendo el curso de lo que es otra fuente del mestizaje, hallamos las comidas. En éstas, sí que hay un filón, rico e insinuante. Es para regodearse en colores, sabores, delicadezas en la presentación de los manjares, exposición de los mismos en la mesa del convite.

Ellas tienen una gran riqueza. No es sino que pensemos en la concurrencia de influencias para dar esa abigarrada y munificente calidad de condumios. Los aportes han llegado de diversas culturas: de la indígena, de la africana, de las enseñanzas extranjeras que por allí se expandieron, de la caucana y de la antioqueña. Esa cercanía y mezcla, ha dado una comida muy singular a nuestro pueblo.

Si pensamos con rigor, hallamos signos muy elocuentes que le dan una categoría especial a la mesa riosuceña. Hay que destacar que haciendo un análisis cuidadoso de su origen y de los elementos que se emplean, se puede, aún en nuestra época, discriminar cuáles son productos de una cultura o de otra. Hoy existen algunos que son una mixtura: un verdadero mestizaje culinario y se sindician de ser clásicamente riosuceños.

El estudio puede avanzar, más aún, en la presentación de los platos; en los elementos decorativos que les dan una categoría evidente, desde el momento que se llevan al comedor. Hay una virtuosidad reluciente. Esta, desde luego, depende del gusto para amarlos, darles forma, y adobarlos con los aliños y colores. Los ajíes y los achiotes, ayudan a su provocación olfativa. Los sabores van ampliando la gula del comensal. Cuando llegamos a los postres, su variedad nos permite engolosinarnos.

Pero el investigador tendrá que indicarnos cómo es el manejo de

las carnes y de los productos agrícolas. Cuál es la maestría requerida para manejar bien los aderezos. Además, contamos, después de minuciosas pesquizas, qué semillas se introdujeron a nuestra región y sus procedencias para alcanzar tantas variedades y las extremas muestras de fantasía en sabores y colores. Nuestra región se enriqueció con esos generosos aportes a nuestra agricultura. Que podían ser bien diversos porque contamos —en la extensión municipal— con diferentes latitudes, climas y calidades de tierra.

Nuestro aporte a lo mejor de la codicia del apetito, podemos establecerlo al pasear nuestro mercado semanal. Variedad de frutas con la más profusa coloración. Lo verde de los plátanos se confunde con el amarillo de unas naranjas poderosas. El color opaco de la yuca, se entrevera con el policolor de los chontaduros. Las carnes que cuelgan, apetitosas, se ven cercanas a los condimentos extranjeros y a los que la tierra, en su magnanimidad, nos entrega en renovadas cosechas. Los ojos en el día del mercado, cuando llegan los campesinos de todas las veredas, se iluminan con el reguero de colores que hacen el anuncio de los productos que, en la cocina, obedeciendo a expertas manos se convierten en la suma de la gastronomía. El recorrido nos da crédito de tener aptitudes que muchos pueblos desconocen.

Milagros y espantos

Mi niñez asistió, asombrada y sobrecogida de temor, a los relatos más espectaculares acerca de milagros y espantos. La fe nos permitía aceptar muchas de las leyendas que circulaban entre nuestras gentes. Estas, las repetían con convicciones. Y algunos se habían especializado en contarlas con cierta macabra teatralidad. Entonces, aumentaban nuestras aprensiones. La noche se escogía para determinar más terror; agudizar la imaginación; despertar más angustias espirituales.

Los mitos, los cuentos de Sebastián de las Gracias y los que se habían tomado de la literatura universal, circulaban como parte de la pericia de quienes los relataban. Existían algunos que eran verdaderos magos para transmitir el sentido, agudeza y alcance de aquellos. Suspenso en las palabras; gritos espectaculares; lanzar sombreros y ruanas al espacio; brincos y desplazamientos sin barreras; la luz que desaparecía. Todo servía para conturbarnos. Y pasábamos atados al miedo, a la gracia y a la espectacular y dinámica manera

de contar. Hoy, pensamos que eran expertos en el manejo del relato, con verdadera vocación teatral.

Muchos consideran que la aparición de la luz eléctrica rompió el encanto de los espantos. Estos necesitaban el amparo de la noche; la cautelosa penumbra; la ausencia de personas en las vías; el poder desplazarse sin interferencias.

El milagro, en cambio, es algo que mueve la fe. Que le da aliento la creencia en un poder sobrenatural. Se alimenta de valores espirituales. Tiene su raíz en la certidumbre de que un ser perpetuo nos gobierna la vida desde el nacimiento hasta la muerte. En Boussingault leemos cómo se representa uno de aquéllos:

Me hospedé en casa de la señora Margarita en cuya alcoba estaba suspendido un óleo que representaba un milagro: Se le veía extendida en su cama y su marido, vestido a la francesa, estaba de rodillas rezando para sacar un diablo que se alcanzaba a ver dentro de la alcoba y que tenía cuernos y garras magníficos. He aquí el hecho: una noche Margarita, entonces joven y bella, se había dormido cuando sintió una mano vigorosa que la estrangulaba: era el diablo; mientras gritaba y se debatía evocaba a no se cuál santo y el espíritu maligno desapareció; ella no sufrió sino una equimosis y de acuerdo con los informes que pude recoger, resultaría que el diablo era el esposo, quien por interés o por celos, había resuelto estrangular a su mujer. Entre los que participaban en esta opinión, se hallaba el padre Bonafont.

El sabio francés también nos da la noticia de un espanto, por cierto lleno de gracia y de melindres:

El 17 de octubre de 1825 salí en dirección a Antioquia, acompañado del ingeniero Walker y nos alojamos en la hacienda de Marugá, en un gran cobertizo en donde se pueden amarrar las hamacas. Me había dormido a pesar de los mugidos del río, pero había tenido la precaución de dejar una vela prendida para espantar las ratas. Hacia la media noche —hora de las apariciones— fui despertado por una fuerte sacudida y me encontré en presencia de una mujer a medio vestir y con la cabeza cubierta de una mantilla amarilla. Era una joven mulata de la hacienda que me proponía que le comprase oro, a pesar de mi negativa, me llevó a otro sitio y me dijo:

“Don Juan, no tema nada; he revisado todo y no hay serpientes”. Luego, colocando en tierra la luz que traía, me hizo una exhibición de sí misma: era una bella estatua. ¡Qué músculos! ¡Qué senos! y todo proporcionado a su estatura, 1.58 metros.

El escritor riosuceño Elberto Velasco, publicó en la Revista “Atalaya”, de Manizales, dos relatos de espantos: el primero se refiere a Bermúdez quien mató a su madre en Popayán. En esta ciudad lo condenaron a viajar a la ciudad de Santa Fé de Antioquia en cuatro horas. Entonces, se llamó su paso, “el ventarrón de Bermúdez”. Y éste se instaló en Riosucio: detenía a los trasnochadores del Mochilón, la Carrera de Velasco, a los del Pié del Llano. Para ahuyentarlo, pusieron una cruz en la casa que fue de don Román Hoyos y faroles en las esquinas de arriba de la Calle Real y en la que da frente a la Casa Consistorial. Estas preocupaciones, derrotaron la primacía del temor.

En la medida en que la energía eléctrica fue apareciendo, también dejó de conmocionar el perro que arrastraba una cadena y echaba chispas por los ojos. Este, salía del cerro, se internaba por la calle de Carabobo y se perdía cerca del papal de don Benigno.

La Bruja del Bonqueo también perdió poder cuando iluminaron la cuadra.

Doy mi testimonio personal: durante muchos meses en Riosucio se hablaba del “ánima blanca” que salía de determinada casa y se perdía en otra, a varias cuadras de distancia. Esta, volvía a aparecer y más tarde hacía el mismo recorrido de vuelta. Un borrachito conocido y lleno de valor, se encontró con ella, resolvió afrontarla. Le quitó el velo. Se descubrió que era una bella dama que así eludía el control de sus requerimientos sexuales. En nuestro pueblo se comentó el hecho. Yo lo escuché de los relatos, ásperos y eruditos en artes elementales de la paganía, de los arrieros que invadían las oficinas de mi padre. Siempre soñé con esa “ánima blanca” en noches de desvelos de mi juventud, porque la señora era espectacularmente hermosa.

Reconstruir ese mundo de fantasía y de terror, necesita varios escritores que indaguen, pregunten, confronten datos. El relato oral, salvará del olvido parte de la grandeza —misterios y espantos— de nuestro pueblo, se enriquecerá la literatura porque se facilita la fantasía creadora. El material permite el goce de los ma-

yores recursos literarios. Será obra que perdurará dentro del fabular nacional.

La lengua

Jacinto Jijón y Caamaño, citado por Luis Duque Gómez, nos recuerda que las lenguas que se usaban por las distintas tribus que habitaron por las regiones de Riosucio y otros municipios, siguiendo la dirección del Río Cauca, "estaban muy emparentadas, siendo sólo diversos dialectos. . ." Esta es una de las bases primordiales. Luego, viene el imperio del castellano. Y, más tarde, el de las corrientes migratorias que se presentaron en el país. Sabemos que varias, aquí, tomaron asiento. Además, la riqueza de los aportes de los extranjeros, principiando por los africanos. Esto le da un marco especial a la forma como hablamos.

Pero el hecho es que en Riosucio utilizamos una parla popular, con acentos, modalidades y términos muy particulares. Esa jerga no la escucha uno en ninguno de los municipios circunvecinos, ni en otros lugares. Hay sustantivos y adjetivos que sólo los entendemos quienes por allí tuvimos nuestro origen. Es un modo que corresponde a que el lenguaje pertenece a cada grupo, a sectores específicos de la sociedad. Son variaciones que se van operando por las necesidades sociales, la economía o la política. Nosotros hemos debido hacer muchos préstamos lingüísticos a los foráneos. De esa manera, la palabra principia a tener un valor multidimensional, en lugar de decir que nos ahorra lo provinciano. El vocabulario es muy rico en vocablos de esos singulares a los cuales me he venido refiriendo. Me gustaría que se hiciera un catálogo de "riosuceñismos", que alguien podría calificar de vulgarismos. Pero no: es otra manifestación de la hibridación idiomática, del mestizaje lingüístico. Viene desde la prehistoria. Se ha fortalecido de esa manera un lenguaje criollo. A veces, tiene forma dialectal. Otras, es una manifestación de la realidad regional, que nos distingue. Ello no tiene por qué preocuparnos. Algunos puristas levantarán sus voces de repudio. Pero nosotros sabemos cuántas hazañas hemos tenido que compartir. Con cuántas gentes nos ha tocado explorar la existencia. En qué multitud de denuedos populares, nos hemos comprometido. Esto nos da el aliento para poder afirmar que tenemos nuestro idioma con matices propios, diferentes. Bien seleccionado, por cierto.

El oro

El oro ha sido uno de nuestros signos. Nos ha dado categoría. Siempre se ha hablado, desde el comienzo de la Independencia, de la riqueza aurífera de Riosucio, Supía y Marmato. Es el mejor filón histórico que tenemos los caldenses para explotar. De una riqueza inimaginable. Creo que el tema, debe estudiarse en conjunto. Entonces, habría que comenzar por escribir la biografía de Ana de Castro, quien fuera dueña de parte de esa riqueza fabulosa. Para eso, inclusive hay necesidad de examinar sentencias de la Corte y las referencias a la política nacional. Muchas decisiones se tomaron sin conocer la región y favoreciendo a personalidades que no tenían mayor conciencia cómo podría ser la riqueza nacional y el manejo de nuestros recursos naturales.

En el caso del contrato con Vásquez Cobo, establecer ¿cómo se llegó a él? ¿Qué pasó en la región? Recopilar los informes de prensa. En "La Opinión", el periódico de Rafael Angel y, más tarde, de Clemente Díaz Morkum, se encuentran muchos datos. Pero, igualmente, hay un personaje de la guerra de los Mil Días, el negro y General Ramón Marín, que le escribió tantas cartas al pensador Uribe Uribe en las cuales relataba las peripecias de los mineros pobres. Este varón necesita una biografía que relieve cómo fue su inteligencia, su valor, y lo duro de su ascenso humano y, más tarde, el abandono en que dejó el país, a esos héroes anónimos. Gabriel García Márquez, en *El Coronel, no tiene quien le escriba*, cuenta la soledad de esos soldados defensores de la libertad. Marín pasó mucho tiempo en Riosucio, después de su fulgurante carrera. Era un hombre de estatura nacional que nos permitiría, en su crónica, relatar muchas de las condiciones innatas de nuestra tierra.

Hay un episodio histórico trascendental: la lucha de la región contra la compañía minera inglesa. Nadie estuvo ausente de ella: ni las gentes de la comarca; ni los jefes políticos de Caldas y del país; ni la prensa nacional. Fue un debate gigantesco, promovido a través de los rudimentarios telégrafos de la época. Allí hay un filón para explotar siguiendo el curso de la economía y de la política nacionales.

En Riosucio tuvimos un gran escenario de poder. Los dueños de las minas —los hermanos de La Roche— dominaron con su batalla aurífera; sus condiciones humanas eran muy amplias; con sus estremecidos afanes de cordialidad y solidaridad con el pueblo. A

éste le entregaron parte de su riqueza, repartida en múltiples generosidades. Cuando llegó la violencia en 1946 tuvieron que abandonar a Riosucio por tener la calidad de jefes liberales; suspendieron los trabajos; y nos fuimos sumergiéndonos en grandes zonas de pobreza. Es otro episodio grande de la historia nacional. Lo local, lo regional, lo popular de estos matices de esa batalla, se entrelazan con lo más dramático y doloroso que ha vivido el país. Alguien debe contar cómo fue la abundancia del oro y cómo nos arrojó la miseria. Pero, escuchando cómo eran sus vidas; de qué manera tenían el sentido del gozo; cómo compartieron su esplendor entre abundancias espectaculares y, luego, pobreza dramáticas de años; cómo los signaron episodios conturbadores en sus vidas personales. Se puede escribir una gran novela donde un hilo de oro de la literatura irá guiando el relato. Esto está por escribirse, para reseñar cómo es el capital bohemio de los mineros nacionales. Entre el júbilo y la soledad, se desenvuelven esas vidas.

Historia de las comunidades, de las veredas, de las luchas campesinas

Valdría la pena escribir, metódicamente, la historia de nuestras comunidades indígenas. Es un aspecto al cual nos referimos con desconocimiento. Hay luchas campesinas, como las de Lomapieta y Cañamomo, que durante muchos años se libraron ante gamonales, terratenientes, tribunales y recursos administrativos, defendiendo sus tierras y salinas. El interés político ha desviado el juicio imparcial, la rectitud de las apreciaciones, la síntesis de esos crueles dramas. Es para un hombre de estudio, sereno y erudito, que vaya revisando infolios, desenvolviendo la madeja conductora de una larga provisión de episodios.

Lo mismo que alguien debe consignar cómo han sido nuestras veredas. Su conformación social. Sus diferencias profundas. La legislación indígena. Y nos serviría, inclusive, para intentar, por primera vez en el país, el ordenar una geografía agraria y ganadera de un municipio. Contando, también, en qué momento llegaron determinadas especies vegetales; algunos pastos; ciertas semillas y cómo ha sido su evolución. Mencionar, con detenimiento y honda simpatía humana, cómo aparecieron hace muchísimos años los caballos de paso colombiano, dónde crecieron y cómo entraban sus chalanos, luciéndolos, a la plaza principal.

Las fiestas

Las fiestas populares demandan examen sociológico. El espíritu de los pueblos, su carácter, aparece con sus más elocuentes expresiones, porque no hay vigilancia sobre cada acto. Se manifiesta espontaneidad. Por allí se expanden sus poderes psíquicos. Es una "simple sencillez de su primitividad". Nos denuncian sus conductas. Un pueblo que tiene fiestas, revela la juventud de su espíritu. No puede ser interferido ni absorbido por ninguno otro. Las alegrías colectivas son la muestra de que hay, sin dubitaciones, una comunidad que obedece a reglas propias. Ellas además, aglutinan a las personas para otras empresas: porque tienen solidaridad y hay un principio de generosa predisposición para encontrarse en colaboración. El hecho de que el regocijo no tiene fines económicos, ni se confunde con utilitarios afanes, le da una independencia recreadora a favor de la sociedad.

En Riosucio tenemos dos tipos de fiestas diferentes, igualmente protegidas por el fervor comunitario. Están comprometidas con la raíz espiritual de nuestras gentes. Son el carnaval y las que dedican a los santos. Veamos algunos poquísimos de sus matices: en el primero, hay un aire de paganía, que gobierna el júbilo, que es ancestral. Que tiene una vigencia en el alma de todos, confundida con el más remoto pasado. Es fuego encendido en hombres y mujeres. Es un torrente de vitalidad que se desparrama en cantos, afectos, ternuras, goces y proclamas. Se va desde el "decreto carnavalesco" hasta la "alborada", donde cada quien busca manifestar su capacidad de comunicación humana, entrañable, dadora y recibidora de alegrías. El Diabolo larga su honda de chispas, que enciende de ligereza de espíritu la vida y los corazones. No hay disidencias. La unanimidad del placer se apodera para escuchar, bailar, comprender el significado de las letras, apreciar la riqueza de los vestidos, aprovechar el mensaje de pasión enteriza que recorre las horas de la existencia. Es el comienzo de un renacer. Se prolonga en ondas de euritmia por el resto de los días del recuerdo de las fiestas carnaavalescas.

Los días consagrados a los santos, tienen particularidades, que sólo allí se estilan. Cada gremio económico o social, tiene uno de los santos para financiar y celebrar su consagración. Hay una permanente vigilancia sobre lo que serán ellas: la manera de llevar algún elemento nuevo a su aniversario; acentuar el sentido religioso de

las gentes. Recordemos algunas fechas como la de San Sebastián o la de la Candelaria, San Isidro, la Navidad, la Semana Santa. Todas no hacen sino revelar el espíritu comunitario de nuestras gentes; sus devociones colectivas; el arrebató natural por estar unidos frente a la fe o al gozo.

Naturalmente, esta disciplina, es una conducta abierta para lo cívico. Muchas de las mejores empresas nuestras —unidas entrañablemente a la vida— como el cementerio, escuelas, el orfanato, el ancianato, son la culminación de afanes de la comunidad. Estos salen espontáneamente, porque una tradición de fiestas, les ha enseñado a mis paisanos que lo gratificante no es lo utilitario, sino lo que de descanso y esperanzas a la gente. Lo que ayude a que la sociedad tenga menos apremios. Cuando un acto cívico nos llama, cada uno se siente comprometido. Es la raíz de su sangre ancestral, la que se revela. El estudioso encontrará, entonces, una relación sociológica entre el goce y la solidaridad, entre la alegría y el deber cívico; entre el júbilo colectivo y los deberes sociales.

Boussingault menciona al pueblo como el “Río Sucio de Engurimá”. Desde el comienzo de su vida civil, tuvo muchos privilegios. Ejerció poder sobre la comarca. Tuvo distinciones que le daban primacía histórico-administrativa: fue Prefectura Regional. Nuestro colegio fue el centro educacional de los más diversos amigos de fuera. Llegaban como a su ámbito intelectual. Sus ferias semestrales de ganados, regulaban los precios en la comarca; sus fiestas siempre han congregado a los vecinos que comparten nuestras alegrías. Sería bueno saber el desarrollo político que tuvo singularidades de dominio para que el eje público allí se centrara, lo mismo que el económico y el cultural. Las relaciones con los otros pueblos, por lo tanto, han sido serenas, tranquilas, tolerantes, inclusive, cuando se han vuelto agresivos contra nuestra identidad. Nunca se ha levantado una agresión contra el vecino. Es otra fuente de estudio de cómo el poder se puede ejercer sin contrariar las gentes; sin atropellar sus derechos; sin requerirles, impertinentemente, subyugación. Es una conducta pública. Creo que no es despreciable la ancha avenida de problemas, que se pueden ordenar, para dar la imagen totalizadora de un pueblo.

Los Encuentros de la Palabra

Por fortuna, para tareas tan complicadas, prolijas y exigentes, como las que aquí me he permitido insinuar, tenemos muchas perso-

nas que comprenden cuál puede ser la metodología y que aprecian, sin dubitaciones, sus alcances. Me refiero a las gentes jóvenes que han venido incitando a nuevas cruzadas intelectuales en los "Encuentros de la palabra". En el país, es imposible encontrar, en ningún pueblo de la república, un espectáculo intelectual de tan refinada intención y alcance. En ellos, se concentran los más altos valores de la inteligencia internacional y nacional, alternando con los riosuceños que desempeñan tareas mentales. Se promueven debates sobre los temas más incitadores culturalmente y cada asistente recibe una cátedra que seguirá enalteciendo, en el recuerdo, su vida. Los "Encuentros de la palabra", son cátedras abiertas, aulas en la periferia; constancia y vocación por lo que ha ennoblecido la vida riosuceña.

Quiero destacar algunas de las funciones primordiales que cumplen los "Encuentros de la palabra":

1. Ellos ponen a Riosucio, sin exclusiones y sin egoísmos, en contacto con las corrientes más modernas del pensamiento universal. Lo contemporáneo de la cultura, allá se expone con método y con rigor. Con voluntad de entregar pedagogías;
2. Se pretende así, despertar conciencia de lo que Riosucio ha sido y es en los frentes de la creación. No hay asunto que no se haya controvertido. Varios de ellos tienen relación con nuestra vida civil y con la capacidad de proyección espiritual de los riosuceños;
3. Se han rescatado muchos valores de los cuales no se tenía noticias —en la escritura, en la música, en la pintura, en la poesía, en el cuento, en la artesanía. Son nombres nuestros, que han principiado a tener una exaltación y una consagración. En los aspectos externos —en arquitectura, en el paisaje, etc.— Igualmente se ha logrado una divulgación, que nos debe enorgullecer;
4. Se han ordenado materiales que todos sabíamos que existían, pero que nadie había podido apreciar. Ahora están allí, en los volúmenes publicados, denunciando las calidades intrínsecas de la tierra;
5. Los paisanos nuestros intervienen: relatan nuevas historias; cuentan cómo son las hechicerías por esas laderas; indican cómo

mo es la personalidad de sus habitantes; destacan la categoría de quienes están vinculadas a la vida creadora de la cultura.

Hasta este año (1991), se han publicado seis libros que recogen las memorias de los "Encuentros de la palabra". Los expertos los elogian sin reservas, por la calidad del contenido; por la bellísima diagramación; por la denuncia, a través de cuadros, dibujos y fotografías, de lo que nos avala y consagra. Se que son consultados con avidez en las bibliotecas del país. El nombre de nuestro pueblo, entonces, se repite con admiración y agradecimiento por la inmensa tarea intelectual que está cumpliendo. Es ejemplar en la república.

Estos "Encuentros de la palabra", han ordenado muchos materiales. La incitación que hace a la gente, ayudará a cumplir los propósitos que aquí se enuncian. A su director, al grupo de muchachos y muchachas que lo acompañan, —lo mismo que a quienes se preocupan por su éxito desde Medellín o Bogotá— Riosucio tiene que extenderles su reconocimiento. Viviremos con cada uno de ellos en deuda por el apasionado afán dirigido al prestigio del pueblo del amor y la leyenda.

Un repaso incompleto

Desde cuando comencé a idear qué diría esta tarde para agradecer el homenaje de los "Riosuceños en Santafé de Bogotá", sabía que sólo expresaría parte de la grandeza, de lo que roza con mi pueblo del afecto íntimo. Y en cuanto he ido avanzando, me asaltan temores de que no relaté cómo es allí la vida política, cómo fue la presencia de las organizaciones "democráticas" y las "católicas" que en esta comarca tuvieron tanta significación en su espectáculo en la lucha encendida por principios doctrinarios, en la mitad del siglo pasado. Ni he consignado la actitud de Riosucio, siempre defendiendo la integridad departamental cuando se propusieron derrumbar su vida administrativa. Ni mencioné cómo fue la presencia de los antioqueños en la época de la colonización. Ni las reacciones clericales por la presencia de Jorge Isaacs como Director de Instrucción Pública. Aquellas eran muy violentas, porque no examinaban la política educativa, sino el contenido del "Programa liberal" que él había redactado con César Conto, en la época del Radicalismo. Ni he mencionado —con exclusión de una— las guerras que atravesaron nuestro suelo; ni he hecho referencia a los varones nuestros que se distinguieron por su heroísmo.

Creo que es indispensable contar sobre extranjeros que a nuestro mundo se vincularon; los que entretrajieron sus apellidos con los raizales; los que aquí dejaron fortuna y familia de categoría; los que nos dieron una nueva visión del mundo. El hecho de ellos venir con otra dimensión de la cultura; de lo que era y puede ser el gobierno, diferente al que se conocía entre nosotros, de la religión que no coincidía con la nuestra, nos facilitó la comprensión del universo. Nos civilizaron para la tolerancia. Su presencia y su conducta, nos disciplinaron para ser más abiertos a la solidaridad.

Nunca cancelaremos la deuda con las educadoras y maestros que nos formaron. Nos dejaron una élite de mujeres, de las cuales nos sentimos orgullosos por el destello de sus inteligencias; por el brillo de sus virtudes en el hogar, en la amistad, en el amor, por todo lo que ellas reparten como fulgor de gracia en el fino manejo de la existencia. Los docentes han sido tradicionalmente quienes han formado varias generaciones de caldenses: disciplinados, humildes, con paciencia para buscar la verdad científica. Nos dieron aliento para buscar la identificación de nuestra vida con nuestros sueños.

Mis agradecimientos

Gracias a los "Riosuceños en Santafé de Bogotá", que se han reunido para decirme las mejores palabras de amistad. El vocero que escogieron, el doctor Augusto Trejos Jaramillo, tiene los títulos de la inteligencia, que como una razón de ser, alumbra la vida de mis paisanos. Al entregarnos este libro de ensayos míos, *Atalayas desde el Ingrumá*, no hacen sino acicatear mi devoción por la tierra que compartimos como mandato y destino.

Mis palabras van dirigidas a que tomen conciencia de su designio las clases más disímiles, las cuales han conformado nuestra cultura popular. Ellas deben tener, permanentemente, un papel de decisión social. Que estos propósitos, estimulen el sentimiento de la dignidad personal y colectiva, en la hora de ahora, tan menguada a nivel nacional e individual. Hacer un buen pueblo es fácil si se apela a las fuerzas de su mejor tradición. Esto es lo que estoy proponiendo.

Mi credo riosuceño

En este momento, no me queda más que repetir mi credo riosuceño:

CREO en las fuerzas ancestrales de mi tierra.

CREO en los símbolos de amor que congregaron y armonizaron el propósito de sus gentes para afinar su grandeza.

CREO en los desvelos patrióticos que unificaron los afanes nobilísimos de la fundación.

CREO en el imperio de su inteligencia.

CREO en la fuerza tradicional de la alegría.

CREO en su continua lucha por lo colectivo.

CREO en su pasión por la solidaridad.

CREO en el destello de pagana luz en las horas carnavalescas.

CREO en el poder de la palabra, que nos alienta y empuja hacia el porvenir.

CREO en la fe con la cual educaron a sus hombres y mujeres.

CREO en el ejemplo de varones que dejaron rutas marcadas, dirigidas hacia la superación.

CREO en el Cerro del "Ingrumá" que nos da fortaleza contra las durezas de la existencia.

CREO en los hombres y mujeres que, con palabras de fe y de ternura, me hablaron de nuestro destino parroquial, de Dios y de Colombia.

CREO en el futuro fecundo y creador de mi tierra.